

HISTORIA DE AOS I

LA CANCIÓN DEL JINETE



PRÓLOGO + CAPÍTULO I
ADRIÁN TRUJILLO MARRERO

PRÓLOGO

En la Edad de los Bardos, los artistas itinerantes y trovadores llevan las melodías, las canciones y las historias de los tiempos pasados a un público azotado por el abuso, con el fin de pasar un rato agradable en compañía de amigos, de vecinos, de la familia.

Bailarines danzando al son de ritmos frenéticos.

Actores interpretando sus mejores papeles para el disfrute de unos pocos.

Canciones que narran cuentos e historias...

Una de esas canciones decía lo siguiente:

Atended, pues el aria comienza
la historia de alguien
quien un día no fue nadie,
quien por la noche lo fue todo.

Siempre temió
ya que nació del mismo miedo,
pero nunca su rendición quiso
pues el término no comprendía.

Gentes dieron con su camino
mas no todos buenos fueron
y la fortuna logró hallar
cuando a afables gentes conoció.

Caminos insalvables
y sendas inexploradas,
travesías imposibles
y una empresa ignota.

Ni frente a bestias,
ni ante secretos ignorados,
ni contra enemigos invencibles:
él jamás se amedrentó.

Un destino mayor enfrentó
que afrontó con valentía,
ese fue el nuevo amanecer
y que sin ayuda de los Dioses
logró.

Se dice que la canción contaba la historia de alguien, alguien bueno y justo, alguien que no tenía nada, y sin nada se quedó, pero todo lo consiguió.
Sin duda, era una buena canción.

POR UNA HOGAZA DE PAN

Corría tan rápido que sentía el aire retumbar en mi pecho, pero dentro no había nada. Cada bocanada de aliento me secaba la garganta, y llevaba tanto rato corriendo que ya solo me raspaba. Notaba la sangre cálida en el labio, allí donde el alguacil me lo había roto de un violento revés imprevisible, justo antes de empezar a correr por una de las abarrotadas callejuelas de grava rasposa de Caryl.

Seguí avanzando tanto como mis encallecidos pies me permitían.

«Si me atrapan me cortarán las manos, y si tengo suerte me matarán —pensé entre resuello y resuello».

No podía dejarme coger. Lo único que me mantenía con fuerzas para seguir a galope tendido era aquello que sostenía entre mis brazos como un tesoro, aquello por lo que estaba siendo perseguido.

Morir era algo definitivo. Esa era una lección que se aprendía mucho antes de tener conciencia de estar vivo, al menos en aquella parte del mundo, en Iluzà. No tenía la más remota idea de cómo sería el mundo al otro lado del Thu Daih, las aguas que separaban la costa de Iluzà de Luloeg, pero con que fuera la mitad de espantoso como era estar allí, me bastaba para buscar el método de largarme, lejos, a las estrellas. Pero no podía. La muerte estaba al acecho. Siempre.

Continué sin detenerme, zigzagueando entre manos avariciosas y ojos peligrosamente curiosos. Oía voces que me ordenaban, en un marcado acento de Snorakeg, que me detuyese, que no me iba a suceder nada. Pero no me planteé hacerlo ni por un instante: si me paraba, estaría perdido.

Cuanto más apuraba el paso, más apretaba el pan contra mi pecho. Me dirigí a toda velocidad directo a mi guarida, un simple agujero mugriento bajo un puente por el que corría un marchito hilillo de agua tinta por el exceso de hierro. Sustraje un adoquín para abrir un hueco, coloqué dentro la hogaza mohosa de pan, y puse encima el mismo ladrillo erosionado. Cogí otra bocanada de aire, y corrí río abajo, con los alguaciles pisándome los talones: les había sacado la suficiente ventaja para que no me vieran esconder nada, y

estábamos lo suficientemente alejados del centro de la ciudad como para que nadie más pudiera habernos visto.

Después de un buen rato, cuando las piernas empezaron a flaquearme, me detuve. Estaba tan concentrado en huir que no me había percatado de que hacía un buen rato que nadie me seguía, pero no me había arrepentido de haber puesto tanta tierra de por medio. Lo único malo era que ahora debía volver dando un rodeo, una distancia aún mayor, pero la barriga llena y conservar la vida bien lo valía.

En Iluzà encontrar dinero era del todo imposible, más aún con la competencia que había luchando por la supervivencia. Encontrar comida era algo impensable: en ningún lado había alimento, excepto en tiendas y mercaderes, pero para conseguirla había que pagarla, y para pagarla, dinero. Sin embargo, había otras maneras de adquirir algo que echarse a la boca: robando.

La religión de la raza snorak no toleraba el hurto, pero tampoco permitía la muerte sin antes haberlo dado todo luchando por conservar la vida. Muchas veces este punto se solía contradecir, pues allí si no tenías dinero, debías robar para vivir. Pero yo no robaba por contradecir la religión de los snoraks; tampoco para luchar por la vida tal como dictaba aquella supuesta religión que realmente no conocía, sino porque notaba como se me pegaban las tripas dentro de mí día a día, luchando por comérseme desde dentro y así sobrevivir a otro sol: al lado de eso, la religión o un Dios eran algo nimio.

Quizás una de las peores cosas que sucedían en Iluzà era que no tenías a nadie: estabas totalmente solo. No hay muchas cosas que separen tanto a las personas como el hambre, la lucha por la comida, por la supervivencia. No había familia que velase por ti en momentos de apuro, o amigos que te echasen una mano cuando sufrías cualquier necesidad: todos eran pobres, todos morían de hambre, todos eran enemigos.

Algunas veces, grupos de desconocidos se juntaban para dar algún golpe con el que conseguir mucha comida, pero pronto se disolvían porque, o fracasaban en el intento y no obtenían más que la misericordia de la horca, o porque se mataban entre ellos al momento de repartir el botín. Y lo más

parecido a una familia a lo que se podía aspirar era una madre joven y sana con pechos rebosantes de leche que te diera de mamar hasta que aprendieses a caminar, siempre que no muriese en el parto, de hambre tras el parto o asesinada después de que un desesperado le sorbiese hasta la última gota a la fuerza.

Mi madre fue de las terceras... O eso me había dicho el hombre que afirmaba haberla matado algunos otoños más tarde, un hombre por el que no sentía ningún tipo de odio, pues no sabía qué era lo que había perdido. De todas formas, me hubiese abandonado poco después, así que no sentía remordimiento alguno.

—Tuve suerte de saber caminar cuando a mi madre la ordeñaron hasta la muerte —me dije a mí mismo en voz baja—. Si no llega a ser así, probablemente ahora ella no sería más que otra boca más en este violento juego de supervivencia.

No fue hasta pasado un rato de caminata, de regreso a mi guarida, cuando reparé en el espantoso frío que hacía. El cielo estaba salpicado de estrellas, la noche era oscura. No tenía luz con la que alumbrarme, ni capa de piel o grebas de cuero endurecido con los que abrigarme. Apenas poseía unos harapos que me atajaban la brisa nocturna.

La barriga me daba agujonazos cada vez que pensaba en el botín del día, y cuando no, también, pero tendría que andarme con ojo de que los alguaciles no estuviesen merodeando cerca de mi refugio, o perder las manos iba a ser lo de menos.

Divisé el puente en la lejanía, y accedí hasta él caminando poco a poco por detrás de unas rocas donde descansaba el extremo opuesto a la ciudad de Caryl. En ese instante vi una sombra rápida moviéndose. Entorné los ojos, agazapado aún a la oscuridad y a la roca, y lo vi: un chico, o una chica joven (quién sabe, casi todos teníamos el pelo largo), parecía olfatear, pues su virulenta respiración era lo único que llenaba el vacío acústico.

«Por favor, que no huela el pan... por favor...».

No podía arriesgarme a salir, matar a base de pedradas al individuo desconocido y así proteger mi comida. Quizás fuera una trampa de los

alguaciles que andaban persiguiéndome, y si algo había aprendido en mi escasa vida era que para sobrevivir había que ser desconfiado.

Seguí observando. El sujeto seguía investigando: el lugar le olía a comida, y la comida era vida. Golpeó con fuerza la pared, pero no cedió. Luego empezó a tirar de los ladrillos y ahí fue cuando la situación se tornó tensa. Tiró uno por uno, y cuando fue a tirar del definitivo, una luz vibrante arañó brazas a la oscuridad rápidamente.

—¿Quién va? —preguntó la voz con el mismo acento marcado que tiempo antes me había ordenado que me detuviese, ese acento seseante—. ¡Alto ahí!

Pero el sujeto de gran olfato tampoco acató la orden que le daba el alguacil, y desapareció tal y como había aparecido. Aún así, el ignorado —cubierto de la cabeza a los pies con una capucha negra que le ocultaba el rostro— se acercó al puente con el candil en la mano, y se puso a dar golpecitos a los ladrillos tal y como había hecho el otro. Se percató de que uno de ellos estaba más saliente que los demás, tiró y halló el tesoro.

«¡Joder! ¡Alguien como tú no!».

El alguacil se rio por lo bajo con voz gutural y se echó el hallazgo a la sombra más oscura que proyectaba el capuz. Aquel acto me sorbió la vida. Giré sobre mis talones y me fui, decaído. Tanto correr había sido en vano.

El hambre volvía a atenazarme. El intenso desgaste que me había supuesto la huida hizo mella en mí cuando mi oportunidad de recuperarme se esfumó como el vapor entre los dedos. Decidí dar media vuelta y alejarme de allí. La rabia me comía. La impotencia se me acumulaba en los brazos. Necesitaba desatar mi ira, pero no tenía fuerzas. Las pocas que me quedaban las reservaría para un próximo intento de conseguir algo que echarme a la boca.

La lluvia comenzó a caer, incesante, cuando llegué a pisar la avenida principal de la gran ciudad de la isla. El suelo de la avenida era un barrizal cubierto de excrementos, y las casas que se alzaban a ambos lados como centinelas se mantenían en pie milagrosamente, y todas ellas envueltas en penumbra. Me encontraba en una soledad casi total: no había animales, no

había ciudadanos, no había alguaciles. Solo yo y un gran lodazal que se extendía hasta donde una inmensa cortina de agua me dejaba ver.

Me dejé caer en el barro de entre dos mohosas casas de madera podrida, miré a un cielo plomizo, totalmente encapotado, y abrí la boca para intentar tragar tanta agua como pudiera. El agua de lluvia era lo único que se podía tomar con la seguridad de que no estaría mala. Me mantuve así largo rato, con la boca abierta y los ojos cerrados, pero apenas bebí unos sorbos antes de que una violenta patada me hiciera trizas las costillas.

El dolor fue tan brutal que me pareció que el suelo estaba seco cuando me hundí hasta la nariz al caer de lado. Antes de poder coger una bocanada de aire otro golpe cayó donde mismo había caído el anterior. Pero no grité; no tenía ni fuerzas ni ganas. Evité un tercer estampido a duras penas, y me rebocé aún más en el lodo. Me puse en pie de un salto y pude ver a mi atacante: un chico grande y musculoso, con una mirada perdida, pero a la vez fiera, que me observaba desde arriba sin llegar a sentir pena o lástima.

—Dame toda tu comida —gritó mientras lanzaba un puñetazo al aire con una fuerza inusitada.

—No tengo nada.

—¡Mientes! —Lanzó otro golpe que mis reflejos pudieron evitar.

Pero en plena maniobra mi largo cabello me traicionó. El desconocido dio un fuerte tirón que pareció que me iba a partir el cuello, y me estampó de nuevo contra el suelo. El barro se me metió en la boca y me provocó una arcada. Las costillas me dolían: definitivamente algo se me había roto. El corpulento atacante alzó su pierna en el aire y tomó velocidad con intención de aplastarme la cabeza. Debía hacer algo con rapidez o estaría perdido.

Decidí hacer lo mismo: lancé una violenta patada que acabó por estrellarse en la entrepierna de mi atacante, que se retorció de dolor, pero solo sirvió para enfurecerlo aún más. El siguiente puntapié de mi agresor sí fue certero: me arreó de nuevo en el costado, y esa vez sentí como un buche de sangre cálida se me escapaba por la boca. Recibí otro más. Y otro. Pero el cuarto, aunque lo estaba esperando, nunca llegó.

De pronto la figura que me golpeaba repetidas veces cayó inerte a mi lado. ¿Qué había pasado? A mis pies, una figura encapuchada nos miraba impertérrito, o eso me parecía. Hubo un momento de silencio, de quietud, solo interrumpido por el diluvio que nos iba enterrando poco a poco en el lodazal, y el miedo que sentía hacía gritar a mi corazón desbocado. Solo cuando la cabeza comenzó a darme vueltas y la vista se me nubló, fue cuando una voz profunda resonó en el ambiente:

—Sobrevive, chico. No siempre tendrás tanta suerte. Sobrevive.

Apoyé la cabeza en el suelo, cerré los ojos y todo se volvió negro.